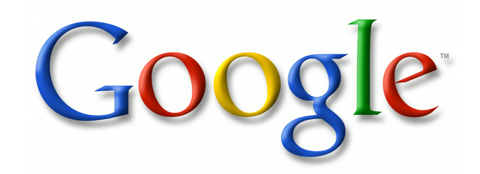





TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

TERCERA EDICION

CORREGIDA

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE SEGUNDA.

TOMO IV.



CON SUPERIOR PERMISO.
EN LA IMPRENTA DE LA ACADEMIA
POR LA VIUDA DE IBARRA, HIJOS Y COMPAÑÍA.
MADRID MDCCLXXXVII.

PRINCIPIOS

DE LA PRIMERA EDICION.

TASA.

Yo Hernando de Vallejo Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, doy fe, que habiéndose visto por los Señores dél un libro que compuso Miguel de Cervántes Saavedra intitulado: *Don Quixote de la Mancha* segunda parte, que con licencia de Su Magestad fué impreso, le tasáron á quatro maravedís cada pliego en papel, el qual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho respeto suma y monta docientos y noventa y dos maravedís, y mandáron que esta tasa se ponga al principio de cada volúmen del dicho libro, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que se exceda en ello en manera alguna, como consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado, y que queda en mi poder, á que me refiero: y de mandamiento de los dichos Señores del Consejo, y de pedimento de la parte del dicho Miguel de Cervántes, di esta fe en Madrid á veinte y uno dias del mes de Octubre de mil seiscientos y quince años. = *Hernando de Vallejo.*

APROBACION.

Por comision y mandado de los Señores del Consejo he hecho ver el libro contenido en este memorial. No contiene cosa contra la fe, ni buenas costumbres, ántes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofía moral, puédesele dar licencia para imprimirle. En Madrid á cinco de Noviembre de mil seiscientos y quince. = *Doctor Gutierre de Cetina.*

APROBACION.

Por comision y mandado de los Señores del Consejo he visto la segunda parte de Don Quixote de la Mancha por Miguel de Cervántes Saavedra. No contiene cosa contra nuestra santa fe católica, ni buenas costumbres, ántes muchas de honesta recreacion y apacible divertimiento, que los antiguos juzgáron convenientes á sus républicas, pues aun en la severa de los Lacedemonios levantáron estatua á la risa, y los de Tesalia la dedicáron fiestas, como lo dice Pausánias referido de Bosio *lib. 2. de Signis Eccles. cap.* 10. alentando ánimos marchitos y espíritus melancólicos, de que se acordó Tulio en el primero de *Legibus*, y el Poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis.

Lo qual hace el autor mezclando las veras á las burlas, lo dulce á lo provechoso, y lo moral á lo faceto, disimulando en el cebo del donayre el anzuelo de la reprehension, y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsion de los libros de caballerías, pues con su buena diligencia mañosamente alimpiando de su contagiosa dolencia á estos reynos, es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nacion, admiracion y invidia de las extrañas. Este es mi parecer, salvo, &c. En Madrid á 17 de Marzo de 1615.=
El M. Joseph de Valdivielso.

APROBACION.

Por comision del señor Doctor Gutierre de Cetina, Vicario general desta villa de Madrid, corte de Su Magestad, he visto este libro de la segunda parte del *Ingenioso Caballero Don Quixote de la Mancha*, por Miguel de Cervántes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un christiano zelo, ni que disuene de la decencia debida a buen exemplo, ni virtudes morales, ántes mucha erudicion y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio habia cundido mas de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguage castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectacion (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos): y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehension christiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas gustosamente habrá bebido, quando ménos lo imagine, sin empacho, ni asco alguno lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallará (que es lo mas difícil de conseguirse) gustoso y reprehendido. Ha habido muchos, que por no haber sabido templar, ni mezclar á propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar á Diógenes en

lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciosa y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose á maldicientes, inventando casos que no pasáron para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprehension, y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entónces ignorados, con que vienen á quedar, si no reprehensores, á lo ménos maestros dél. Hácense odiosos á los bien entendidos, con el pueblo pierden el crédito, si alguno tuviéron, para admitir sus escritos, y los vicios que arrojada é imprudentemente quisiéron corregir, en muy peor estado que ántes: que no todas las postemas á un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas, ó cauterios; ántes algunos mucho mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicacion el atentado y docto médico consigue el fin de resolverlas: término que muchas veces es mejor, que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervántes así nuestra nacion, como las extrañas, pues como á milagro desean ver el autor de libros, que con general aplauso, así por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flándes. Certifico con verdad, que en veinte y cinco de Febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el Ilustrísimo Señor Don Bernardo de Sandoval y Roxas, Cardenal, Arzobispo de Toledo mi Señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar cosas to-

cántes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos caballeros franceses, de los que viniéron acompañando al Embaxador, tan corteses, como entendidos y amigos de buenas letras, se llegáron á mí y á otros capellanes del Cardenal mi Señor, deseosos de saber que libros de ingenio andaban mas validos, y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apénas oyéron el nombre de Miguel de Cervántes, quando se comenzáron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia, como en los reynos sus confinantes, se tenian sus obras, la Galatea que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte desta, y las Novelas. Fuéron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimáron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir, que era viejo, soldado, hidalgo y pobre: á que uno respondió estas formales palabras: *¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dixo: *si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* Bien creo que está para censura un poco larga: alguno dirá que toca los límites de lisonjero elogio: mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha, y en mí el cuidado: ademas que el dia de hoy no se lison-

jea á quien no tiene con que cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid á veinte y siete de Febrero de mil seiscientos y quince. = *El Licenciado Marquez Torres.*

PRIVILEGIO.

Por quanto por parte de vos Miguel de Cervántes Saavedra nos fué fecha relacion, que habíades compuesto la segunda parte de Don Quixote de la Mancha, de la qual hacíades presentacion, y por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, y privilegio por veinte años, ó como la nuestra merced fuese, lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la Premática por Nos sobre ello fecha dispone, fué acordado, que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula en la dicha razon, y Nos tuvímoslo por bien. Por la qual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el dia de la fecha de esta nuestra Cédula en adelante, vos, ó la persona que para ello vuestro poder oviere, y no otra alguna, podais imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mencion: y por la presente damos licencia y facultad á qualquier impresor de nuestros reynos, que nombráredes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original, que én el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo nuestro Escribano de Cámara, y uno de los que en él residen, con que ántes y primero que se venda, lo traygais ante ellos, jun-

tamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresion está conforme á él, ó traygais fe en pública forma, como por corrector por Nos nombrado se vió y corrigió la dicha impresion por el dicho original, y mas al dicho impresor que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue mas de un solo libro con el original al autor y persona á cuya costa lo imprimiere, ni á otra alguna, para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que ántes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual inmediatamente ponga está nuestra licencia y la aprobacion, tasa y erratas, ni lo podais vender, ni vendais vos, ni otra persona alguna hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer, é incurrir en las penas contenidas en la dicha Premática y leyes de nuestros Reynos, que sobre ello disponen: y mas que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir, ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda qualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, de la qual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare, y mas á los del nuestro Consejo, Presidentes, Oidores de las nuestras Audiencias,

Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y á otras qualesquiera justicias de todas las Ciudades, Villas y Lugares de los nuestros Reynos y Señoríos, y á cada uno en su juridicion, ansí á los que agora son, como á los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra Cédula y merced, que ansí vos hacemos, y contra ella no vayan, ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dada en Madrid á treinta dias del mes de Marzo de mil y seiscientos y quince años. = YO EL REY. = Por mandado del Rey nuestro Señor, *Pedro de Contreras.*

DEDICATORIA
AL CONDE DE LÉMOS

Enviando á V. E. los dias pasados mis Comedias, ántes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dixe, que Don Quixote quedaba calzadas las espuelas, para ir á besar las manos á V. E. y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algun servicio á V. E. porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro Don Quixote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el que mas ha mostrado desearle, ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un Colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria, que el libro que se leyese, fuese el de la historia de Don Quixote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el Rector del tal Colegio. Pregun-

tele al portador, si Su Magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage, ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lémos, que sin tantos titulillos de Colegios, ni Rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced, que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los trabajos de Persíles y Sigismunda, libro á quien daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, *el qual ha de ser, ó el mas malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persíles para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de V. E. De Madrid último de Octubre de mil seiscientos y quince. = Criado de V. E.*

Miguel de Cervántes Saavedra.

PRÓLOGO
AL LECTOR.

Válame Dios, y con quanta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quixote: digo de aquel que dicen, que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Lo que no he podido dexar de sentir, es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que viéron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben donde se cobráron: que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible,

quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame invidioso, y que como ignorante, me describa, que cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del santo Oficio, y si él lo dixo por quien parece que lo dixo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis Novelas son mas satíricas que exemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser, si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este señor, sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traycion de lesa Magestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son

tentaciones del demonio, y que una de las mayores es, ponerle á un hombre en el entendimiento, que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros quanta fama, y para confirmacion desto, quiero que en tu buen donayre y gracia le cuentes este cuento.

Habia en Sevilla un loco, que dió en el mas gracioso disparate y tema, que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ó en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte, que soplándole, le ponia redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): pensarán Vuesas Mercedes ahora, que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará Vm. ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le quadrare, dirásle, lector amigo, este, que tambien es de loco y de perro.

Habia en Córdoba otro loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano, y en topando algun perro descuidado se le ponia junto, y á plomo dexaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, á quien queria mucho su dueño. Baxó el can-

to, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo: asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dexó hueso sano, y cada palo que le daba, decia: perro ladron ¿á mi podenco? ¿no viste cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en mas de un mes no salió á la plaza, al cabo del qual tiempo volvió con su invencion y con mas carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse á descargar la piedra, decia: este es podenco, guarda! En efeto todos quantos perros topaba, aunque fuesen alanos, ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó mas el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá á soltar mas la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos, son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremes famoso de la Perendenga, le respondo, que me viva el Veintiquatro mi señor, y Christo con todos: viva el gran Conde de Lémos, cuya christiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie: y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Roxas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Es-

tos dos Príncipes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no escurecerla del todo: pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida: y no le digas mas, ni yo quiero decirte mas á ti, sino advertirte que consideres, que esta segunda parte de Don Quixote que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mesmo paño que la primera, y que en ella te doy á Don Quixote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta tambien que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el Persíles, que ya estoy acabando, y la segunda parte de Galatea.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

PARTE SEGUNDA
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO I.

De lo que el Cura y el Barbero pasáron con Don Quixote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia, y tercera salida de Don Quixote, que el Cura y el Barbero se estuviéron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dexáron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el celebro, de donde procedia, segun buen discurso, toda su mala ventura: las quales dixéron, que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por

momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo qual recibiéron los dos gran contento, por parecerles que habian acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande, como puntual historia, en su último capítulo: y así determináron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordáron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fuéron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras: y en el discurso de su plática viniéron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra: haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un So-

lon flamante: y de tal manera renováron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusiéron: y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocáron, que los dos exâminadores creyéron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Hallaronse presentes á la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dixo, que se tenia por cierto, que el Turco baxaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adonde habia de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca al arma, estaba puesta en ella toda la Christiandad, y Su Magestad habia hecho proveer las costas de Nápoles, y Sicilia y la isla de Malta. Á esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus

estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevencion, de la qual Su Magestad la hora de agora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apénas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero, que ya habia dado en el mesmo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese, quizá podria ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los Príncipes. El mio, señor rapador, dixo Don Quixote, no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á Su Magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del Rey, ó del reyno. Pues el mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbi-

trante algúno. Ya tarda en decirle Vuesa Merced, señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le dixese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dixo el Barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que Vuesa Merced dixere á Rey, ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del Cura, que en el prefacio avisó al Rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dixo Don Quixote; pero sé que es bueno ese juramento, en fe de que sé que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á Vuesa Merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profesion, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo á esta sazon Don Quixote ¿hay mas sino mandar Su Magestad por público pregon, que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes, que vagan por España, que aunque no vinie-

sen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Esténme Vuesas Mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un exército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfeñique? Si no díganme ¿quantas historias están llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianis, ó alguno de los del inumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no les será inferior en el ánimo: y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dixo á este punto la Sobrina, que me maten, si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. Á lo que dixo Don Quixote: caballero andante he de morir, y baxe, ó suba el Turco, quando él quisiere y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. Á esta sazon dixo el Barbero: suplico á Vuesas Mer-

cedes que se me dé licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quixote y el Cura, y los demas le prestáron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en Cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dexara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender, que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escribia, y que asimesmo hablase

con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el Retor le dixo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco, habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada; ántes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer, que el loco estaba cuerdo: y entre otras cosas que el loco le dixo, fué que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dixese, que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos, ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el ca-

pellan se determinó á llevársele consigo á que el Arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al Retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el Licenciado: volvió á decir el Retor, que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estaba loco. No sirviéron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del Retor, para que dexase de llevarle: obedeció el Retor, viendo ser órden del Arzobispo: pusiéron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan, que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dixo, que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subiéron en efeto, y con ellos algunos que se halláron presentes: y llegado el Licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entónces sosegado y quieto, le dixo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio, ya estoy

sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él, si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber, que imagino como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos, y los celebros llenos de ayre: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces, quien era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el

Licenciado, y no habrá para que tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dixo el loco: agora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él, ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. Á las voces y á las razones del loco estuviéron los circunstantes atentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro capellan, y asiéndole de las manos, le dixo: no tenga Vuesa Merced pena, señor mio, ni haga caso de

lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. Á lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: Vuesa Merced se quede en su casa, que otro dia, quando haya mas comodidad y mas espacio, volverémos por Vuesa Merced. Rióse el Retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudáron al Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento. ¿Pues este es el cuento, señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aquí como de molde, no podia dexar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y quan ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que Vuesa Merced no sabe, que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linage á linage, son siempre odiosas y mal recebidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el

felicísimo tiempo, donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozáron las edades donde los andantes caballeros tomáron á su cargo, y echáron sobre sus espaldas la defensa de los reynos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que agora se usan, ántes les cruxen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni xarcia alguna, con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del

mar profundo, que ya le suben al cielo, y ya le baxan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, quando ménos se cata, se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo viviéron, y resplandeciéron en las edades del oro, y en los andantes caballeros. Si no díganme ¿quien mas honesto y mas valiente, que el famoso Amadís de Gaula? ¿quien mas discreto, que Palmerin de Inglaterra? ¿quien mas acomodado y manual, que Tirante el Blanco? ¿quien mas galan, que Lisuarte de Grecia? ¿quien mas acuchillado, ni acuchillador, que Don Belianis? ¿quien mas intrépido, que Perion de Gaula? ó ¿quien mas acometedor de peligros, que Felixmarte de Hircania? ó ¿quien mas sincero, que Esplandian? ¿quien mas arrojado, que Don Ceriongilio de Tracia? ¿quien mas bravo, que Rodamonte? ¿quien mas prudente, que el Rey Sobrino? ¿quien mas atrevido, que

Reynáldos? ¿quien mas invencible, que Roldan? y quien mas gallardo y mas cortes, que Rugero, de quien decienden hoy [1] los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fuéron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, Su Magestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas: y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella: y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré quando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor bacía que le entiendo. En verdad, señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixe por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe Vuesa Merced sentirse. Si puedo sentirme, ó no, respondió Don Quixote, yo me lo sé. Á esto dixo el Cura: aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarva la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quixote ha dicho. Para

otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el señor Cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes, que Vuesa Merced, señor Don Quixote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; ántes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Ese es otro error, respondió Don Quixote, en que han caido muchos, que no creen, que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto

en deponer la ira: y del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y descubrir todos quantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprehension que tengo, de que fuéron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hiciéron y condiciones que tuviéron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas. ¿Que tan grande le parece á Vuesa Merced, mi señor Don Quixote, preguntó el Barbero, debia de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió Don Quixote, hay diferentes opiniones, si los ha habido, ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fuéron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres: que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre, que tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste

parecer, hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debaxo de techado, y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dixo el Cura, el qual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó, que que sentia acerca de los rostros de Reynáldos de Montalvan y de Don Roldan, y de los demas doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reynáldos, respondió Don Quixote, me atrevo á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran en las historias) soy de parecer y me afirmo, que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentilhombre que Vuesa Merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdeñase y dexase por la gala, brio y donayre que debia

tener el morillo barbiponiente, á quien ella se entregó: y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió Don Quixote, señor Cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dexó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo el gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto. Por no atreverse, ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debiéron ser cosas demasiadamente honestas, la dexó donde dixo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Véese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor Don Quixote, dixo á esta sazon el Barbero ¿no ha habido algun

poeta, que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quixote, que si Sacripante, ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran xabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efeto de aquellas á quien ellos escogiéron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que traxo revuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura: y en esto oyéron que el Ama y la Sobrina, que ya habian dexado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudiéron todos al ruido.

CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quixote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia, que las voces que oyéron Don Quixote, el Cura y el Barbero, eran de la Sobrina y Ama que las

daban, diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quixote y ellas le defendian la puerta ¿que quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió: Ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una Ínsula, que hasta agora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito ¿y que son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que quatro ciudades y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eso, dixo el Ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender ínsulas, ni ínsulos. Grande gusto recebian el Cura y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton

de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dexasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidiéron de Don Quixote, de cuya salud desesperáron, viendo quan puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes caballerías, y así dixo el Cura al Barbero: vos veréis, compadre, como quando ménos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la Ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estémos á la mira, verémos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjáron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgara mucho saber que tratarán ahora los dos. Yo seguro, respondió el Cura, que la Sobrina, ó el Ama nos

T.IV. L. I



Isidro, y Ant.º Carnicero la inbent.ⁿ y dibux.ⁿ J. J. Fabregat la grabó 176

lo cuenta despues, que no son de condicion que dexarán de escucharlo. En tanto Don Quixote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dixo: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas; sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salímos, juntos fuímos y juntos peregrinámos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á ti te manteáron una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun Vuesa Merced dice, mas anexas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello: *quando caput dolet, &c.* No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado, y por esta razon, el mal que á mí me toca, ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dixo Sancho; pero quando á mí me manteaban, como á miembro, se estaba mi cabeza de-

tras de las bardas mirándome volar por los ayres, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolia yo quando á ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entónces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dexemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo ¿que es lo que dicen de mí por ese Lugar? ¿en que opinion me tiene el vulgo, en que los hidalgos, y en que los caballeros? ¿Que dicen de mi valentía? ¿que de mis hazañas? ¿y que de mi cortesía? ¿Que se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los

oidos de los Príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que Vuesa Merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegáron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quixote: bien puedes, Sancho, hablar libremente, sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es que el vulgo tiene á Vuesa Merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose Vuesa Merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con quatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hi-

dalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado: roto bien podria ser, y el roto mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de Vuesa Merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso: otros, valiente, pero desgraciado: otros, cortes, pero impertinente, y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á Vuesa Merced, ni á mí nos dexan hueso sano. Mira, Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida: pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasáron, dexó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo Capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, á quien sus hazañas le alcanzáron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules el de los muchos trabajos se cuenta, que fué lascivo y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de

Gaula, se murmura que fué mas que demasiadamente rixoso, y de su hermano que fué lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó Don Quixote. Aun la cola falta por desollar, dixo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si Vuesa Merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida, me dixo que andaba ya en libros la *HISTORIA* de Vuesa Merced, con nombre *DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA*: y dice que me mientan á mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasámos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado, como las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que debe de ser algun sa-

bio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio y encantador, pues, segun dice el Bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió Don Quixote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir, que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si Vuesa Merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volándas. Harásme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho: y dexando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el qual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasáron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza y el Bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó Don Quixote esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se pódia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribiéron: y quando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandíloqua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tan-

to ; pero desconsolóle pensar que su autor era moro , segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna , porque todos son embelecadores, falsarios y chîmeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso : deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado , menospreciando Reynas , Emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos : y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones , le halláron Sancho y Carrasco , á quien Don Quixote recibió con mucha cortesía. Era el Bachiller , aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo , aunque muy gran socarron , de color macilenta , pero de muy buen entendimiento : tendria hasta veinte y quatro años , cariredondo , de nariz chata y de boca grande , señales todas de ser de condicion maliciosa , y amigo de donayres y de burlas , como lo mostró en viendo á Don Quixote , poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole : déme Vuestra Grandeza las manos , señor Don Quixote de la Mancha , que por el hábito de San

Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las quatro primeras, que es Vuesa Merced uno de los mas famosos caballeros andantes, que ha habido, ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dexó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar Don Quixote, y dixo: desa manera ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dixo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Ambéres, y á mí se me trasluce que no ha de haber nacion, ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dixo á esta sazon Don Quixote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dixe con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muer-

te se le igualará. Si por buena fama y si por buen nombre va, dixo el Bachiller, solo Vuesa Merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el christiano en la suya, tuviéron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de Vuesa Merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas: la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de Vuesa Merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió Don Quixote; pero dígame Vuesa Merced, señor Bachiller ¿que hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á Vuesa Merced le pareciéron Briareos y gigantes: otros á la de los batanes: este á la descripcion de los dos exércitos, que des-

pues pareciéron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevaban á enterrar á Segovia: uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaino. Dígame, señor Bachiller, dixo á esta sazon Sancho ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, quando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el ayre sí, y aun mas de las que yo quisiera. Á lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de caballerías, las quales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros diéron al señor Don Quixote. Ahí entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callar-

los por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para que escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. Á fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulíses como le describe Homero. Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar, ó cantar las cosas, no como fuéron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fuéron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dixo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca á Su Merced le tomáron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de que maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió Don Quixote, á fe que no os falta memoria, quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun

se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales presonages della. Personages, que no presonages, Sancho amigo, dixo Sanson. ¿ Otro reprochador de voquibles tenemos? dixo Sancho, pues ándense á eso, y no acabarémos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que tambien hay quien diga, que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella Ínsula ofrecida por el señor Don Quixote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dixo Don Quixote, y miéntras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará mas idóneo y mas hábil para ser Gobernador, que no está agora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está

en que la dicha Ínsula se entretiene, no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, quanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dixo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman Señoría, y se sirven con plata. Esos no son Gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales: que los que gobiernan ínsulas, por lo ménos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo; pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el autor de la historia haya hablado de mí, de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy

de christiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros, ó no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, ó como escribe de las presonas, y no ponga á troche moche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su autor puso en ella una novela, intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de Su Merced el señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador; que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja, el pintor de Úbeda, al qual preguntándole, que pintaba, respondió, lo que saliere: tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él, *este es gallo*: y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, por-

que es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apénas han visto algun rocin flaco, quando dicen, allí va Rocinante: y los que mas se han dado á su letura son los pages: no hay antecámara de Señor, donde no se halle un Don Quixote: unos le toman, si otros le dexan: estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento, que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento ménos que católico. Á escribir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen, habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa: y no sé yo que le movió al autor á valerse de novelas y cuentos agenos, habiendo tanto que escribir en los mios: sin duda se debió de atener al refran: de paja y de heno &c. Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros y mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometi-

mientos, pudiera hacer un volúmen mayor, ó tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efeto lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros de qualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donayres, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en quanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenian méritamente grangeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa, la perdiéron del todo, ó la menoscabáron en algo. La causa deso es, dixo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres fa-

mosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos agenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas, ó sobras de los que predican. Todo esto es así, señor Don Quixote, dixo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese: y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y así digo, que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, á pocos habrá contentado. Ántes

es al reves, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia: y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fué el ladron que hurtó el rucio á Sancho; que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtáron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido: tambien dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber que hizo dellos, ó en que los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á Vuesa Merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra,

se fué á su casa. Don Quixote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el embite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete; durmiéron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de Don Quixote, y volviendo al pasado razonamiento, dixo: á lo que el señor Sanson dixo, que se deseaba saber, quien, ó como, ó quando se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad nos entrámos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metímos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio molidos y cansados de las

pasadas refriegas, nos pusímos á dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme, sobre quatro estacas que puso á los quatro lados de la albarda, de manera que me dexó á caballo sobre ella, y me sacó debaxo de mí al rucio sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucedió á Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apénas me hube estremecido, quando faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caida, miré por el jumento, y no le vi: acudiéronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé quantos dias, viniendo con la señora Princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitámos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó San-

son, sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mesmo rucio. Á eso, dixo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya seria descuido del impresor. Así es sin duda, dixo Sanson; pero ¿que se hiciéron los cien escudos? Deshiciéronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi muger y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quixote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba: y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo Rey en presona, y nadie tiene para que meterse en si truxe, ó no truxe, si gasté, ó no gasté, que si los palos que me diéron en estos viages se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á quatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad: y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dixo

Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quixote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dixo Don Quixote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y así estámos en duda, si saldrá, ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fuéron buenas: y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á que se atiene el autor? dixo Don Quixote. ¿Á que? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de

otra, alabanza alguna. Á lo que dixo Sancho ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfecion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le darémos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir, es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegáron á sus oidos relinchos de Rocinante, los quales relinchos tomó Don Quixote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres, ó quatro dias otra salida: y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por que parte comenzaria su jornada, el qual le respondió,

que era su parecer que fuese al reyno de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradisima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dixo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor Bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago, y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía: y si esto es así, no quiero que huya sin tener para que, ni que acometa quando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me

ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa, que á mirar por su persona, en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le baylaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor Don Quixote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna Ínsula de las muchas que Su Merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello, y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en oto de otro, sino de Dios, y mas que tan bien, y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo Gobernador: y ¿sé yo por ventura, si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y cayga y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase

el Cielo alguna Ínsula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: quando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla, y quando viene el bien, mételo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quixote, que os ha de dar un reyno, no que una Ínsula. Tanto es lo de mas, como lo de ménos, respondió Sancho, aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reyno que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reynos y gobernar Ínsulas: y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dixo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos Gobernador, no conociésedes á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que naciéron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de inxundia de christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirá, quando el gobier-

no venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al Bachiller, que si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos, que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese, que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete, y que si hacia quatro castellanas de á quatro versos, sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas, ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las quatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dixo Don Quixote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay muger que crea, que para ella se hiciéron

los metros. Quedáron en esto, y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó Don Quixote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y á Maese Nicolas y á su Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió, encargando á Don Quixote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad, y así se despidiéron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que

á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su muger conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle ¿que traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? Á lo que él respondió: muger mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé que quereis decir en eso, de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar, si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos: y si Dios quisiera darme de comer á pie enxuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo

va mezclada con la tristeza del dexarte: así que, dixe bien, que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistès miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas xarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme Gobernador de una Ínsula, aquí me caeria muerto. Eso no, marido mio, dixo Teresa,

viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo quantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, ó os llevarán á la sepultura, quando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dexan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos, que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno, y en fin en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada. Á buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen, sino con llamarla Señoría.

Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú, á una Doña tal y Señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dixo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde, y quando no ¿que importa? séase ella Señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra María con un Condazo, ó con un caballerote, que quando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas: no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dexadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y

sé que no mira de mal ojo á la mochacha, y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendrémos siempre á nuestros ojos, y serémos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros: y no casármela vos ahora en esas cortes, y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barrabas, replicó Sancho ¿por que quieres tú ahora, sin que ni para que estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos, que se llamen Señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se debe quejar si se le pasa: y no seria bien, que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dexémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dár con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á ti Doña Teresa Pan-

za, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer, ni menguar, como figura de paramento: y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis quanto decis, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais Duquesa, ó Princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusiéron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra muger me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van Reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil, ó á lo de Gobernadora, que luego dirán: mirad que

entonada va la pazpuerca: ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete, ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno, ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto, que mi hija, ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la muger honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro Don Quixote á vuestras aventuras, y dexadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas: y yo no sé por cierto quien le puso á él Don, que no tuviéron sus padres, ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la muger, y que de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies, ni cabeza! ¿Que tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata, é ignorante (que así te puedo lla-

mar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha) si yo dixera, que mi hija se arrojara de una torre abaxo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, teneis razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don, y una Señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuviéron moros en su linage los Almohadas de Marruecos ¿por que no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabeis por que, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen, y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones, como enxambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida: y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir, son sentencias del padre predicador, que la

quaresma pasada predicó en este pueblo, el qual, si mal no me acuerdo, dixo que todas las cosas presentes, que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia, que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el qual prosiguió diciendo.) De donde nace que quando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos á la tal persona, la qual ignominia ahora sea de pobreza, ó de linage, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su baxeza (que por estas mesmas razones lo dexó el padre á la alteza de su prosperidad) fuere bien criado, liberal y cortes con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que

reverencien lo que es, sino fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas: y si estais revuelto en hacer lo que decis. Resuelto has de decir, muger, dixo Sancho, y no revuelto. No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibuxos, y digo que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde agora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dixo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los Gobernadores, quando no los tienen: y vístele de modo, que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efeto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija. El dia que yo la viere Condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez

os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros: y en esto comenzó á llorar tan de véras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quixote, para dar órden en su partida.

CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á Don Quixote con su Sobrina y con su Ama: y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su muger Teresa Cascajo pasáron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quixote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al exercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar

en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasáron le dixo el Ama: en verdad, señor mio, que si Vuesa Merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. Á lo que respondió Don Quixote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder Su Magestad tampoco, y solo sé que si yo fuera Rey, me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos: así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. Á lo que dixo el Ama: díganos, señor ¿en la corte de Su Magestad no hay caballeros? Sí, respondió Don Quixote, y muchos: y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los Príncipes, y para ostentacion de la Magestad Real. ¿Pues no seria Vue-

sa Merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su Rey y Señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió Don Quixote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden, ni deben ser caballeros andantes, de todos ha de haber en el mundo, y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros, porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al ayre, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies: y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva, ó no lleva mas corta la lanza, ó la espada, si trae sobre sí reliquias, ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol, ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de perso-

na á persona, que tú no sabes, y yo sí: y has de saber mas, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; ántes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir: y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas truxesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros: y seria razon, que no hubiese Príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de un rey-

no, sino de muchos. ¡Ah señor mio! dixo á esta sazon la Sobrina, advierta Vuesa Merced, que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal, en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. Como que ¿es posible que una rapaza, que apénas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Que dixera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero á buen seguro, que él te perdonara, porque fué el mas humilde y cortes caballero de su tiempo y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido, que no te fuera bien dello, que no todos son corteses, ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros,

pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres baxos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay, que parece que á posta mueren por parecer hombres baxos: aquellos se levantan, ó con la ambicion, ó con la virtud: estos se abaxan, ó con la floxedad, ó con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto, para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Válame Dios! dixo la Sobrina ¿que sepa Vuesa Merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podria subir en un púlpito, é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quixote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad,

amigas: á quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuviéron principios humildes, y se fuéron extendiendo y dilatando, hasta llegar á una suma grandeza: otros que tuviéron principios grandes, y los fuéron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzáron: otros que aunque tuviéron principios grandes, acabáron en punta, como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa, ó asiento, no es nada: otros hay, y estos son los mas, que ni tuviéron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuviéron principio humilde y subiéron á la grandeza que agora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomana, que de un humilde y baxo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán exemplo muchos Príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla, ni diminuirla, conteniéndose en los límites de

sus estados pacíficamente. De los que comenzáron grandes y acabáron en punta, hay millares de exemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre de infinitos Príncipes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos y Bárbaros, todos estos linages y Señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos, como los que les diéron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos, seria en baxo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quie-

ra, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortes, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal, como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexe de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo, seria milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debaxo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme, á que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la fortuna ordena y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos

que son anexos al andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella: y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso: y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmòrtalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dixo la Sobrina, que tambien mi señor es poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré, que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, Sobrina, respondió Don Quixote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. Á este tiempo llamáron á la puerta, y preguntando quien llamaba, respondió Sancho Panza, que él era, y apénas le hubo co-

nocido el Ama, quando corrió á esconderse, por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la Sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuviéron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII.

De lo que pasó Don Quixote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apénas vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, quando dió en la cuenta de sus tratos, y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir á que dexase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole, se dexó caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Quando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dixo ¿que es esto, señora Ama? ¿que le ha acontecido,

que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por donde se sale, señora? preguntó Sanson. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les da este nombre. La vez primera nos le volviéron atravesado sobre un jumento, molido á palos: la segunda vino en un carro de bueyes metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de-volver algun tanto en sí gasté mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo y mis gallinas, que no me dexarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen. En efecto, señora Ama ¿no hay otra cosa, ni ha

sucedido otro desman alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quixote? No señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el Ama ¿la oracion de Santa Apolonia dice Vuesa Merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora Ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no hay mas que bachillear, respondió Carrasco: y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En el que estuviéron encerrados Don Quixote y Sancho, pasáron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho á su amo: señor, ya yo tengo relucida á mi muger á que me dexe ir con Vuesa Merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dixo Don Quixote,

que no relucida. Una, ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á Vuesa Merced, que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que quando no los entienda, diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entónces podrá enmendarme, que yo soy tan fócil. No te entiendo, Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sé que quiere decir, soy tan fócil. Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Ménos te entiendo agora, replicó Don Quixote. Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caygo, respondió Don Quixote, en ello: tú quieres decir, que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dixere y pasarás por lo que te enseñare. Apostaré yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podrá ser, replicó Don Quixote: y en efecto ¿que dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con Vuesa Merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja, no baraja, pues mas vale un to-

ma, que dos te daré: y yo digo que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió Don Quixote. Decid, Sancho amigo: pasad adelante, que hablais hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como Vuesa Merced mejor sabe, todos estámos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero, como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle, porque la muerte es sorda, y quando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dixo Don Quixote; pero no sé donde vas á parar. Voy á parar, dixo Sancho, en que Vuesa Merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde, ó mal, ó nunca: con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano poco, ó mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y mu-

chos pocos hacen un mucho, y miéntras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo qual ni lo creo, ni lo espero) que Vuesa Merced me diese la Ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal Ínsula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondió Don Quixote, á las veces tan buena suele ser una gata, como una rata. Ya entiendo, dixo Sancho: yo apostaré, que habia de decir rata y no gata, pero no importa nada, pues Vuesa Merced me ha entendido. Y tan entendido, respondió Don Quixote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes exemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio, que es lo que solian ganar cada mes, ó cada año; pero yo he leido todas, ó las mas de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servian á merced, y que quan-

do ménos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una Ínsula, ó con otra cosa equivalente, y por lo ménos quedaban con título y Señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion, y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de ántes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas: y advertid, hijo, que mas vale buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos: y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la

firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayéron las alas del corazon, porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo: y así estando suspenso y pensativo, entró Sanson Carrasco y el Ama y la Sobrina, deseosas de oir con que razones persuadia á su señor, que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera y con voz levantada, le dixo: ¡ó flor de la andante caballería! ¡ó luz resplandeciente de las armas! ¡ó honor y espejo de la Nacion Española! plega á Dios todo poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona, ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearen: y volviéndose al Ama, le dixo: bien puede la señora Ama no rezar mas la oracion de Santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas, que el señor Don Quixote vuelva á executar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaria mucho mi conciencia, si no intimase y persuadiese á este caballero, que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su áni-

mo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anexas á la órden de la caballería andante. Ea, señor Don Quixote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga Vuesa Merced y su grandeza en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda, y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. Á esta sazon dixo Don Quixote, volviéndose á Sancho: ¿no te dixe yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el Cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las cien-

cias y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo y especialmente mi pueblo, quien fuéron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que Vuesa Merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi muger, la qual quando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efeto el hombre ha de ser hombre y la muger muger, y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare: y así no hay mas que hacer,

sino que Vuesa Merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita, que persuada á Vuesa Merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á Vuesa Merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que quantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dixo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente Don Quixote y Sancho se abrazáron, y quedáron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los

quales habria lugar de aderezar lo necesario para el viage, y de buscar una celada de encaxe, que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la habia de llevar. Ofreciósela Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo, que la tenia, puesto que estaba mas escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina echáron al Bachiller, no tuviéron cuento: mesáron sus cabellos, arañáron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quixote y Sancho se acomodáron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su muger, y Don Quixote á su Sobrina y á su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el Bachiller que quiso acompañarles media legua del Lugar, se pusiéron en camino del Toboso, Don Quixote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de

cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quixote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta, ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo Don Quixote: dió Sanson la vuelta á su Lugar, y los dos tomáron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quixote, yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quixote y á Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas y donayres de Don Quixote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del

Toboso comienzan, como las otras comenzáron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedáron Don Quixote y Sancho, y apénas se hubo apartado Sanson, quando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrámbos, caballero y escudero fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fuéron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho, que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé si en astrología judiciaria, que él se sabia, puesto que la historia no lo declara: solo le oyéron decir, que quando tropezaba, ó caia, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar, ó caer, no se sacaba otra cosa, sino el zapato roto, ó las costillas quebradas: y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díxole Don Quixote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar y con mas escuridad de la que habíamos menester, para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me

ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la qual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que Vuesa Merced pueda hablarla, ni verse con ella, en parte á lo ménos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, quando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que Vuesa Merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas de corral se te antojáron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías, ó corredores, ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me pareciéron, sino es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó Don Quixote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas, que por ventanas, ó por resquicios,

ó verjas de jardines, que qualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo, que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentia. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que quando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos, y debió de ser, que como Su Merced estaba ahechando aquel trigo que dixe, el mucho polvo que sacaba, se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Que todavía das, Sancho, dixo Don Quixote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar, que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y exercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros exercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á ti, ó Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacáron las cabezas, y se sentáron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas, que allí el

ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contextas y texidas: y desta manera debia de ser el de mi señora quando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto, trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo, que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Ó envidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé que de deleyte consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rançores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda, ó historia que nos dixo el Bachiller Carrasco, que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, al estricote aquí y allí barriendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pue-

da ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia siempre natural y nunca artificiosa: y quando otra cosa no tuviese, sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el qual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podia dudar si lo era, ó no, la qual viendo que no estaba en la lista de las demas, se quejó al poeta, diciéndole que que habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si

no, que mirase para lo que habia nacido. Hízolo así el poeta, y púsola qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros, y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra, ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo, que se llamaba Eróstrato. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande Emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los Dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, clara-

boya redonda que está en su cima, desde la qual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: mil veces, Sacra Magestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Magestad, y arrojarme de aquella claraboya abaxo, por dexar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me hableis, ni esteis donde yo estuviere: y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quien piensas tú que arrojó á Horacio del puente abaxo armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿quien abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quien impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? ¿quien contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César?

Y con exemplos mas modernos ¿quien barrenó los navíos y dexó en seco y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesísimo Cortes en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas son, fuéron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios, y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los christianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza, la qual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la Religion Christiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos, á la injuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por

todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre christianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama. Todo lo que Vuesa Merced hasta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien, pero con todo eso querria que Vuesa Merced me sorbiese una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese, quieres decir, Sancho, dixo Don Quixote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios, ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos ¿donde están agora? Los gentiles, respondió Don Quixote, sin duda están en el infierno, los christianos, si fuéron buenos christianos, ó están en el purgatorio, ó en el cielo. Está bien, dixo Sancho; pero sepamos ahora ¿esas sepulturas, donde están los cuerpos desos señorazos, tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no? de que están adornadas? Á lo que respondió Don Quixote:

los sepulcros de los gentiles fuéron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusiéron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamáron *Moles Adriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. La Reyna Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuviéron los gentiles, se adornáron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. Á eso voy, replicó Sancho, y dígame agora ¿qual es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió Don Quixote, mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho, luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los coxos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama se-

rá para este y para el otro siglo, que la que dexáron y dexaren quantos Emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los Santos, que con aprobacion y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su christiana fama. Los cuerpos de los Santos, ó sus réliquias llevan los Reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Que quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos démos á ser santos, y alcanzarémos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer, ó ántes de ayer (que segun ha poco, se puede decir desta manera) canonizáron, ó beatificáron dos fraylecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y

tocarlas, y están en mas veneracion, que está, segun dixo, la espada de Roldan en la armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde fraylecito de qualquier órden que sea, que valiente y andante caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas, que dos mil lanzadas, ora las dén á gigantes, ora á vestiglos, ó á endríagos. Todo eso es así, respondió Don Quixote; pero no todos podemos ser frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir, que hay mas frayles en el cielo, que caballeros andantes. Eso es, respondió Don Quixote, porque es mayor el número de los religiosos, que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quixote. En fin otro dia al anochecer descubriéron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegráron los

espíritus á Don Quixote, y se le entristeciéron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor, de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho, que habia de hacer quando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó Don Quixote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedáron entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entráron en la ciudad donde les sucedió cosas, que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo, poco mas á ménos, quando Don Quixote y Sancho dexáron el monte y entráron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad discul-

pa de su sandez. No se oia en todo el Lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quixote y turbaban el corazon de Sancho. De quando en quando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo qual tuvo el enamorado caballero á mal agüero, pero con todo esto dixo á Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿Á que palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Debia de estar retirada entónces, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que Vuesa Merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿y será bien, que demos aldabazos, para que nos oygan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que

llegan y llaman y entran á qualquier hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quixote, que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie Vuesa Merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo, como creer que es ahora de dia. Guió Don Quixote, y habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dixo: con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á Vuesa Merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote: ¿adonde has tú hallado, que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas

sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso, quizá se usa aquí en el Toboso edificar en calluejuelas los palacios y edificios grandes: y así suplico á Vuesa Merced me dexe buscar por estas calles, ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho ¿pero con que paciencia podré llevar, que quiera Vuesa Merced, que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola Vuesa Merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote: ven acá, herege ¿no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oygo, respondió Sancho, y digo, que pues Vuesa Merced no la ha visto, ni yo tam-

poco. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo ménos ya me has dicho tú, que la viste ahechando trigo, quando me truxiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber, que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truxe, porque así sé yo quien es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos hay de burlas, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga, que ni he visto, ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al reves como sabes. Estando los dos en estas pláticas, viéron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgáron que debia de ser labrador, que habria madrugado ántes del dia á ir á su labranza: y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, Franceses,
en esa de Roncesvalles.

Que me maten, Sancho, dixo en oyéndole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa

buena esta noche. ¿ No oyes lo que viene cantando ese villano ? Sí oygo, respondió Sancho ¿ pero que hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles ? Así pudiera cantar el romance de Calaínos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien Don Quixote preguntó: sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿ donde son por aquí los palacios de la sin par Princesa Doña Dulcinea del Toboso ? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos dias que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo : en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del Lugar, entrámbos, ó qualquier dellos sabrá dar á Vuesa Merced razon de esa señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive Princesa alguna, muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser Princesa. Pues entre esas, dixo Don Quixote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alba : y dando á sus mulas, no atendió á mas preguntas. Sancho que vió suspenso á su señor y asaz mal con-

tento, le dixo: señor, ya se viene á mas andar el dia, y no será acertado dexar que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que Vuesa Merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia y no dexaré ostugo en todo este Lugar donde no busque la casa, alcázar, ó palacio de mi señora: y asaz seria de desdichado, si no le hallase, y hallándole, hablaré con Su Merced y le diré donde y como queda Vuesa Merced, esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado, le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del Lugar halláron una floresta, ó bosque, donde Don Quixote se

emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embaxada le sucediéron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito [2].

CAPÍTULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido, porque las locuras de Don Quixote llegáron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasáron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y rezelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceyte sobre el agua: y así prosiguiendo su historia, dice, que

así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia, sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dexarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quixote, y no te turbes, quando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria y no se te pase della, como te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embaxada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala, si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere, dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para

componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relatares como ellos fuéron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata, son certísimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo iré y volveré presto, dixo Sancho, y ensanche Vuesa Merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas, y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallámos los palacios, ó alcázares de mi señora, agora que es de dia los pienso hallar, quando ménos lo piense, y hallados, déxenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixo-

te, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos quanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y Don Quixote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dexarémos, yéndonos con Sancho Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor, que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, quando volviendo la cabeza y viendo que Don Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mesmo y á decirse: sepamos agora, Sancho hermano, adonde va Vuesa Merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una Princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adonde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien ¿y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quixote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha ham-

bre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? mi amo dice, que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. Y paréceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus Princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo, no mereceis culpa, non.* No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica, como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oxte puto, allá darás rayo: no si no ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno, y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Ravena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué, que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte,

debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas, decirte he quien eres: y el otro de: no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció quando dixo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros exércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer, que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y quando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo á jurar, y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere, quizá con esta porfía acabaré con él, que no me envíe otra vez á semejantes mensagerías, viendo quan mal recado le traygo dellas, ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador

de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quixote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso, y sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso hácia donde él estaba, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quixote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo ¿que hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que Vuesa Merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió San-

cho, que no tiene mas que hacer Vuesa Merced, sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á Vuesa Merced. ¡Santo Dios! ¿Que es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Que sacaria yo de engañar á Vuesa Merced, repondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la Princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella, todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento: y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras, que se puedan desear, especialmente la Princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respon-

dió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. Á las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto saliéron de la selva y descubriéron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho, si las habia dexado fuera de la ciudad. ¿Como fuera de la ciudad? respondió ¿por ventura tiene Vuesa Merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á Vuesa Merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo,

Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ó borricas, como yo soy Don Quixote y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recebir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ámbas rodillas en el suelo, dixo: Reyna y Princesa y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quixote de la Mancha llamado por otro nombre *El Caballero de la Triste Figura.* A esta sazon ya se habia puesto Don Quixote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencaxados y vista turbada á la que Sancho llamaba Reyna y señora, y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admi-

rado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dixo: apártense nora en tal del camino, y déxenmos pasar, que vamos de priesa. Á lo que respondió Sancho: ó Princesa y señora universal del Toboso ¿como vuestro magnánimo corazon no se enternece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: mas jo que te estrego burra de mi suegro: mirad con que se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, é déxenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dixo á este punto Don Quixote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ó extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya

que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy de oir resquebrajos. Apártense y déxenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dexóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana, que habia hecho la figura de Dulcinea, quando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante: y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo qual visto por Don Quixote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues

la albarda, y queriendo Don Quixote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras, tomó una corridica, y puestas ámbas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó ahorcajádas, como si fuera hombre, y entónces dixo Sancho: vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro cordobes, ó mexicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picáron tras ella y disparáron á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista, y quando vió que no parecian, volviéndose á Sancho, le dixo: Sancho ¿que te parece, quan mal quisto soy de encantadores? y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera dar-



Isidro y Antº. Carnicero lo dibuxⁿ. Ballester la grabó.

me, ver en su ser á mi señora. En efecto, yo nací para exemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentáron estos traydores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformáron y volviéron en una figura tan baxa y tan fea, como la de aquella aldeana, y juntamente le quitáron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que quando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. ¡Ó canalla! gritó á esta sazon Sancho: ¡ó encantadores aciagos y mal intencionados, y quien os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus faciones de buenas en malas, sin que le

tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la qual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete, ó ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. Á ese lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á Vuesa Merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sinó lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿ aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa, ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un

reyno, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso, Sancho, dixo Don Quixote: ahora torno á decir, y diré mil veces que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasáron, volviéron á subir en sus bestias, y siguiéron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero ántes que allá llegasen, les sucediéron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba Don Quixote por su camino adelante considerando la mala burla, que le habian hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en

la mala figura de la aldeana, y no imaginaba que remedio tendria para volverla á su ser primero: y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el qual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole: señor, las tristezas no se hiciéron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: Vuesa Merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Que diablos es esto? ¿que descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? mas que se lleve Satanas á quantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿qual es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista, ni á encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto he caido, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dixiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, ántes son de besugo, que de dama: y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les sirven de cejas: y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó á mí su hermosura, como á Vuesa Merced su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas, que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apénas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una co-

sa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar, que medio se ha de tener quando Vuesa Merced venza algun gigante, ó otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea ¿adonde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán, mas que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió Don Quixote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros, y en uno, ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, harémos la experiencia, si la ven, ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que Vuesa Merced ha dicho, y que con ese artificio vendrémos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella á solo Vuesa Merced se encubre, la desgracia mas será de Vuesa Merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendrémos y lo

pasarémos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al traves del camino, cargada de los mas diversos y extraños personages y figuras que pudiéron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo, ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quixote, fué la de la misma muerte con rostro humano: junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas: al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza: á los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax y saetas: venia tambien un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo qual visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quixote y puso

miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer qualquier peligro, se pusò delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dixo: carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. Á lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo, hemos hecho en un Lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la Octava del Corpus, el auto de las Cortes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel Lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella muger, que es la del autor, va de reyna, el otro de soldado, aquel de emperador y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago

en esta compañía los primeros papeles: si otra cosa Vuesa Merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fe de caballero andante, respondió Don Quixote, que así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menestèr tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vexigas de vaca hinchadas, el qual moharracho llegándose á Don Quixote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vexigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por

el campo con mas ligereza que jamas prometiéron los huesos de su nôtomía. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero quando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dexado su caballería Sancho por acudir á Don Quixote, quando el demonio baylador de las vexigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el Lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida de su amo, y no sabia á qual de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto como buen escudero y como buen criado, pudo mas con él el amor de su señor, que el cariño de su jumento: puesto que cada vez que veia levantar las vexigas en el ayre y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegó

donde estaba Don Quixote harto mas maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dixo: señor, el diablo se ha llevado al rucio. ¿Que diablo? preguntó Don Quixote. El de las vexigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrase con él en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio: y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho, Vuesa Merced temple su cólera, que segun me parece ya el diablo ha dexado el rucio, y vuelve á la querencia: y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rucio, por imitar á Don Quixote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo emperador. Quítesele á Vuesa Merced eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa

Vuesa Merced, que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos, ó los mas en sus trages y compostura parecen unos Príncipes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano: y diciendo esto, volvió á la carreta que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces, diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyéron y entendiéron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta y tras ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reyna, ni el dios Cupido, y todos se cargáron de piedras y se pusiéron en ala, esperando recebir á Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademan de des-

pedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar, de que modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: asaz de locura seria intentar tal empresa: considere Vuesa Merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce: y tambien se ha de considerar que es mas temeridad que valentía, acometer un hombre solo á un exército donde está la muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto, que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dixo Don Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero: á ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que

á tu rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para que, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos christianos tomarla de los agravios, quanto mas que yo acabaré con mi asno, que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacíficamente los dias que los Cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y volvamos á buscar mejores y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rucio, la muerte con todo su esquadron volante volviéron á su carreta y prosiguiéron su viage, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPÍTULO XII.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Caballero de los Espejos.

La noche que siguió al dia del rencuentro de la muerte, la pasáron Don Quixote y su escudero debaxo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del rucio, y entre la cena dixo Sancho á su señor: señor, que tonto hubiera andado yo, si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que Vuesa Merced acabara, ántes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto mas vale páxaro en mano, que buytre volando. Todavía, respondió Don Quixote, si tú, Sancho, me dexaras acometer, como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fuéron de oro puro, sino de oropel, ó hoja de lata. Así es verdad, re-

plicó Don Quixote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humána, y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no dime ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personages? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mesmo, dixo Don Quixoté, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontífices, y finalmente todas quantas figuras se

pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del axedrez, que miéntras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vas haciendo ménos simple y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de Vuesa Merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversacion de Vuesa Merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí, que sean de bendicion, tales que no desdigan ni desliçen de los senderos de la buena crianza, que Vuesa Merced ha hecho en el agostado entendi-

miento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de quando en quando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso, era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como él decia quando queria dormir, y desaliñando el rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debaxo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sáncho, y le dió la misma libertad que

al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heroyca historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe, que así como las dos bestias se juntaban, acudian á rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte mas de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, á lo ménos todo el tiempo que les dexaba, ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Digo que dicen, que dexó el autor escrito que los habia comparado en la amistad á la que tuviéron Niso y Eurìalo, y Pílades y Oréstes: y si esto es así, se podia echar de ver para universal admiracion, quan firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dixo: no hay amigo para amigo: las cañas se vuelven lan-

zas, y el otro que cantó: de amigo á amigo la chinche &c. Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad déstos animales á la de los hombres, que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado quando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dexándose derribar de la silla, dixo al otro: apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo, todo fué á un mesmo tiempo, y al arrojarse hiciéron ruido las armas

de que venia armado, manifiesta señal por donde conoció Don Quixote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adonde está, señor mio, Su Merced desa señora aventura? ¿Adonde, Sancho? replicó Don Quixote, vuelve los ojos, y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo, y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le cruxiéron las armas. ¿Pues en que halla Vuesa Merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece, templando está un laud, ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. Á buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que

no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchémosle, que por el hilo sacarémos el ovillo de sus pensamientos; si es que canta: que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atónitos, oyéron que lo que cantó fué este

SONETO.

Dadme, señora, un término que siga,
Conforme á vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia así estimado,
Que por jamas un punto dél desdiga.
Si gustais que callando mi fatiga
Muera, contadme ya por acabado:
Si quereis que os la cuente en desusado
Modo, haré que el mesmo amor la diga.
Á prueba de contrarios estoy hecho,
De blanda cera y de diamante duro,
Y á las leyes de amor el alma ajusto.
Blando qual es, ó fuerte ofrezco el pecho:
Entallad, ó imprimid lo que os dé gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.

Con un *ay* arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco

con voz doliente y lastimada dixo ¡Ó la mas hermosa y la mas ingrata muger del orbe! Como que ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho, que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dixo á esta sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará mas. Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo. Pero no fué así, porque habiendo entreoido el Caballero del Bosque, que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora y comedida ¿quien va allá? ¿que gente? ¿es por ventura de la del número de los contentos, ó la del de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lléguese á mí, respon-

dió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. Don Quixote que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni mas ni ménos. El caballero lamentador asió á Don Quixote del brazo diciendo: sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballeria, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. Á lo que respondió Don Quixote: caballero soy de la profesion que decis, y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las agenas desdichas: de lo que cantaste poco ha, colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya quando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quixote ¿sois enamorado? Por desventu-

ra lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias, que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fe, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun.... quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiéremos, y dexemos á esos señores amos nuestros que se dén de las astas, contándose las historias de sus amores, que á buen

seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dixo Sancho, y yo le diré á Vuesa Merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartáron los dos escuderos, entre los quales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio, que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dixo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede

decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque ¿quien mas calor y mas frio, que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay, que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos, sino es del viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dixo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio: porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso Gobierno de qualque Ínsula, ó con un Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el Gobierno de alguna Ínsula: y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces. Yo, dixo el del Bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. Y que tal debe de ser, dixo Sancho, su amo de Vuesa Merced, caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque á

mi parecer mal intencionadas, que procurase ser Arzobispo; pero él no quiso sino ser Emperador, y yo estaba entónces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber á Vuesa Merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra Vuesa Merced, dixo el del Bosque, á causa que los Gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente el mas erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria, que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en exercicios mas suaves, como si dixésemos, cazando, ó pescando, que ¿que escudero hay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rocin y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? Á mí no me falta nada deso, respondió Sancho, verdad es que no tengo rocin; pero tengo un asno que vale dos veces mas que el caballo de mi amo: ma-

la pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen quatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá Vuesa Merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento: pues galgos no me habian de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo, y mas que entónces es la caza mas gustosa, quando se hace á costa agena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dexar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y que edad tiene esa señora que se cria para Condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos mas á ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. ¡Ó hideputa puta, y que rejo debe de tener la bellaca! Á lo que respon-

dió Sancho algo mohino, ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, miéntras yo viviere: y háblese mas comedidamente, que para haberse criado Vuesa Merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. Ó que mal se le entiende á Vuesa Merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero. Como ¿y no sabe, que quando algun caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ó hideputa puto, y que bien que lo ha hecho? y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable: y renegad vos, señor, de los hijos, ó hijas que no hacen obras que merezcan se les dén á sus padres loores semejantes. Sí reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa misma razon podia echar Vuesa Merced á mí y á mis hijos y á mi muger toda una putería encima, porque todo quanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en

el qual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá, no sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un Príncipe: y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va á tratar dellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: cuidados agenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? Sí, dixo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda y la mas asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no coxea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello

dirá ántes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon, ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mia á calderadas: mas acompañados y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos, suele servir de alivio en ellos, con Vuesa Merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; ántes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dexarle por mas disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dixo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ámbos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á

menudo, al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo qual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: paréceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traygo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose, volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara: y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo: ¿y esto trae Vuesa Merced consigo, señor? Pues que se pensaba, respondió el otro ¿soy yo por ventura àlgun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo quando va de camino un General. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dixo: Vuesa Merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no como yo mezquino y malaventurado, que solo traygo en mis

alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrecheza de mi dueño, y á la opinion que tiene, y órden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas, ni á piruétanos, ni á raices de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: fiambreras traygo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por sí, ó por no, y es tan devota mia, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos: y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el qual empinándola puesta á la boca, estuvo mirando las estrellas un quarto de hora, y en acabando de beber, dexó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dixo ¡ó hideputa bellaco, y como es católico! Veis ahí, dixo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, como habeis alabado este vino, llamándole hi-

deputa. Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco, que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere ¿este vino es de Ciudad Real? ¡Bravo mojon! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. Á mí con eso, dixo Sancho, no tomeis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de que maravillarse, si tuve en mi linage por parte de mi padre los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo qual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, qualidad, bondad, ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dixo que aquel vino sabia á

hierro, el segundo dixo que mas sabia á cordoban. El dueño dixo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro, ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmáron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba halláron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordoban: porque vea Vuesa Merced, si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dixo el del Bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderémos.

Finalmente tanto habláron y tanto bebiéron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible, y así asidos entrámbos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedáron dormidos, donde los dexarémos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasáron Don Quixote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dixo á Don Quixote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion me truxo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé qual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un

lugar es la mas movible y voltaria muger del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no sopláron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa mas para encomendarse á ganapanes, que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra ¡peligro inaudito y temeroso! y que le truxese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros, que se han atrevido á contrade-

cirme ; pero de lo que yo mas me precio y ufano , es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quixote de la Mancha , y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea , que su Dulcinea : y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo , porque el tal Don Quixote , que digo , los ha vencido á todos , y habiéndole yo vencido á él , su gloria , su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona , y tanto el vencedor es mas honrado , quanto mas el vencido es reputado : así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de oir al Caballero del Bosque , y estuvo mil veces por decirle que mentia , y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua ; pero reportóse lo mejor que pudo , por hacerle confesar por su propia boca su mentira , y así sosegadamente le dixo : de que Vuesa Merced , señor caballero , haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo , no digo nada ; pero de que haya vencido á Don Quixote de la Mancha , póngolo en duda : podria ser que fuese otro que le pareciese , aunque hay pocos que

le parezcan. ¿Como no? replicó el del Bosque, por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quixote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: campea debaxo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la mesma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese Don Quixote que decis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que

habeis vencido : por otra parte veo con los ojos y toco con las manos, no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra : y para confirmacion desto, quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformáron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baxa, y desta manera habrán transformado á Don Quixote : y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quixote, que la sustentará con sus armas á pie, ó á caballo, ó de qualquier suerte que os agradare : y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó en la espada, esperando que resolucion tomaria el Caballero del Bosque, el qual con voz asimismo sosegada respondió y dixo : al buen pagador no le duelen prendas, el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro pro-

pio ser; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras, y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y conveniencia, respondió Don Quixote: y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los halláron roncando y en la misma forma que estaban quando les salteó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido, y estaban todos juntos. En el camino dixo el del Bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía,

quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido, que miéntras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: quanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dixo el del Bosque: yo traygo aquí dos talegas de lienzo de un mes-

mo tamaño : tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñirémos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podrémos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, que martas cebollinas, ó que copos de algodon cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peléen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben ántes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortes, ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebi-

do trabe qüestion alguna, por mínima que sea, quanto mas, que estando sin cólera y sin enojo ¿quien diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dixo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á Vuesa Merced, y le daré tres ó quatro bofetadas, que dé con él á mis pies, con las quales le haré despertar la cólera, aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que Vuesa Merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte, sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el virote: aunque lo mas acertado seria dexar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que vuelve tresquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á Vuesa Merced, señor escudero,

que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios, y medrarémos. En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimesmo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apénas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, quando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena: baxábale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya

grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó á herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dexarse dar docientas bofetadas, ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta, ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas: la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto y mirado, que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dixo al Caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella

os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. Ó vencido, ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dixo Don Quixote, bien podeis decirme, si soy yo aquel Don Quixote que dixísteis haber vencido. Á eso vos respondemos, dixo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decis, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar, si sois el contenido, ó no. Eso me basta á mí, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos, que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis, que no soy yo el vencido Don Quixote que pensais. Con

esto acortando razones subiéron á caballo, y Don Quixote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quixote veinte pasos, quando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dixo: advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió Don Quixote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quixote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe, ó del miedo tendido

en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una acion de Rocinante, y quando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dixo: suplico á Vuesa Merced, señor mio, que ántes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que Vuesa Merced ha de hacer con este caballero. Ántes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habria hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su ene-

migo; pero viéndole ocupado en la súbida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quixote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fuéron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espéjos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quixote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto. Apénas le vió caido Sancho,

quando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el qual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el ayre, si acaso estaba vivo, vió ¡ quien podrá decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren! vió, dice la historia, el rostro mesmo, la mesma figura, el mesmo aspecto, la mesma fisonomía, la mesma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió, en altas voces dixo: acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces, y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dixo á Don Quixote: soy de parecer, señor mio, que por sí, ó por no, Vuesa Merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixo-

T. IV. L. II



Isidro y Ant. Carnicero. J. J. Fabrega

te, porque de los enemigos los ménos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dixo: mire Vuesa Merced lo que hace, señor Don Quixote, que ese que tiene á los pies, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero: y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: ¿y las narices? A lo que él respondió: aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande, dixo: ¡Santa María, y valme! Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Caballero de los Espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el Bachiller Sanson Carras-

co nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere: y si os dexare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os trayga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusímos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dixo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quixote, que

aquel caballero que vencístes no fué, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento, como vos lo creeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dexadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores habian mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedáron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se

apartáron de Don Quixote y Sancho con intencion de buscar algun Lugar, donde bizmarle y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho volviéron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta y da noticia, de quien era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quixote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quixote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó á

Don Quixote que volviese á proseguir sus dexadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero, sobre que medio se podria tomar para reducir á Don Quixote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dexasen salir á Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre que, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto, que el vencido quedase á merced del vencedor: y así vencido Don Quixote, le habia de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, ofreciósele por escudero Tomé

Cecial compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre, quando se viesen, y así siguiéron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegáron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente diéron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leido: y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar páxaros. Tomé Cecial, que vió quan mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dixo al Bachiller: por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, Vuesa Merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora, qual es mas loco ¿el que

lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? Á lo que respondió Sanson: la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza, lo será siempre, y el que lo es de grado, lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es, dixo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de Vuesa Merced, y por la misma quiero dexar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quixote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fuéron razonando los dos, hasta que llegáron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dexó, y él quedó imaginando su venganza: y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dexar de regocijarse ahora con Don Quixote.

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á Don Quixote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas quantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses: finalmente decia entre sí, que si él hallara arte, modo, ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no invidiara á la mayor ventura que alcanzó, ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo ¿no es bueno, señor, que aun todavía traygo entre los ojos las desafora-

das narices, y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé que me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, muger y hijos, no me las podria dar otro que él mesmo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estémos á razon, Sancho, replicó Don Quixote: ven acá ¿en que consideracion puede caber, que el Bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿he sido yo su enemigo por ventura? ¿hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues que dirémos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como Vuesa Merced ha

dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió Don Quixote, de los malignos magos que me persiguen, los quales anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previniéron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual, ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dexará mentir ni engañar, quan fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca: y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre, por qui-

tarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho: y como él sabia que la transformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzó un hombre, que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo: el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, asimismo de morado y verde: traia un alfange morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí: las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro. Quando llegó á ellos el caminante, los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero Don Quixote le dixo:

señor galan, si es que Vuesa Merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo, si no fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo: jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla, la lastámos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez, que puede Vuesa Merced detenerse si quisiere, que aunque se la dén entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio, y si mucho miraba el de lo Verde á Don Quixote, mucho mas miraba Don Quixote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en

el trage y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha el de lo Verde, fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamas: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo, y como era tan cortes y tan amigo de dar gusto á todos, ántes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: esta figura que Vuesa Merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dexará Vuesa Merced de estarlo, quando le diga como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes, que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dexé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñán-

dome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes: y así por mis valerosas, muchas y christianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas, ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el Cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo, que yo soy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado *El Caballero de la Triste Figura*, y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende, quando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy, y la profesion que hago. Calló en diciendo esto Don Quixote, y el de lo Verde, segun se tardaba en responderle, parecia que no acertaba

á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dixo: acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis, que el saber ya quien sois me la podria quitar, no ha sido así, ántes agora que lo sé, quedo mas suspenso y maravillado. Como ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerias? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en Vuesa Merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el Cielo, que con esa historia que Vuesa Merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de si son fingidas ó no, las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que

no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á Vuesa Merced, que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de Don Quixote tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó le dixese quien era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gaban: yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un Lugar donde irémos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: paso la vida con mi muger y con mis hijos y con mis amigos: mis exercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, quales de romance y quales de latin, de historia algunos y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbra-

les de mis puertas: hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguage y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas agenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oygo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo, y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazon y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto

lo qual por el hidalgo, le preguntó ¿qué haceis, hermano? ¿que besos son estos? Déxenme besar, respondió Sancho, porque me parece Vuesa Merced el primer santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quixote que quantos hijos tenia, y díxole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que careciéron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y quando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan em-

bebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la Reyna de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar, si dixo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo: que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta, y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á quatro versos, que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. Á todo lo qual respondió Don Quixote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos, ó malos que sean, como se quieren las almas que

nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad, y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y quando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el Cielo padres que se lo dexen, seria yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado: y aunque la de la poesía es ménos útil, que deleytable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien las posée. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal vir-

tud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dexándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroycos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo: y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta: el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antiguos escribiéron en la lengua que mamáron en la leche, y no fuéron á buscar

las extrangeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta aleman, porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino, que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso, y aun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinacion que le dió el Cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que hace verdadero al que dixo: *est Deus in nobis &c.* Tambien digo, que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plá-

tica, señor hidalgo, que Vuesa Merced dexe caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá á la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los Obispos, ó como las garnachas á los peritos Jurisconsultos. Riña Vuesa Merced á su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras agenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas, que á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: quales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y quando los Reyes y Príncipes ven

la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas, y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban, venia un carro lleno de banderas reales, y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el qual Sancho oyéndose llamar, dexó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPÍTULO XVII.

De donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que quando Don Quixote daba voces á Sancho, que le truxese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo que hacer dellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el qual en llegando le dixo: dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar, y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le diéron á entender que el tal carro debia de traer moneda de Su Magestad, y así se lo dixo á Don Quixote; pero él no

le dió crédito, siempre creyendo y pensando, que todo lo que le sucediese, habian de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia, que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer, y volviéndose á Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quixote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encaxó en la cabeza: y como los requesones se apretáron y exprimiéron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo á Sancho: ¿que será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo, que es terrible la aventura que agora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor

no hubiese caido en el caso. Limpióse Don Quixote y quitóse la celada, por ver que cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dixo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traydor, bergante y mal mirado escudero. Á lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: si son requesones, démelos Vuesa Merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de Vuesa Merced? Halládole habeis el atrevido. Á la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de Vuesa Merced: y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga: y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago, que en la celada. Todo puede ser,

dixo Don Quixote, y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente quando despues de haberse limpiado Don Quixote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encaxó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dixo: ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanas en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en [3] el qual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quixote delante y dixo: ¿adonde vais, hermanos? ¿que carro es este? ¿que llevais en él? y ¿que banderas son aquestas? Á lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el General de Oran envía á la corte presentados á Su Magestad, las banderas son del Rey nuestro Señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes los leones? preguntó Don Quixote. Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores, ni tan grandes de África á España jamas, y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula

primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy, y así Vuesa Merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. Á lo que dixo Don Quixote sonriéndose un poco ¿leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quien es Don Quixote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían. Ta, ta, dixo á esta sazon entre sí el hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho y díxole: señor, por quien Dios es, que Vuesa Merced haga de manera que mi señor Don Quixote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creeis, que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo

ea, replicó el hidalgo: y llegándose á Don Quixote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dixo: señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentía que se entra en la juridicion de la temeridad, mas tiene de locura, que de fortaleza, quanto mas que estos leones no vienen contra Vuesa Merced, ni lo sueñan, van presentados á Su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viage. Váyase Vuesa Merced, señor hidalgo, respondió Don Quixote, á entender con su perdigon manso, y con su huron atrevido, y dexe á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí, ó no estos señores leones: y volviéndose al leonero, le dixo: voto á tal Don Bellaco, que si no abris luego á luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: señor mio, Vuesa Merced sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvaynen los leones, porque si me las matan, quedaré rematado

para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. Ó hombre de poca fe, respondió Don Quixote: apéate, y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero, y desunció á gran priesa, y el leonero dixo á grandes voces: séanme testigos quantos aquí están, como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas, y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño, que estas bestias hicieren, corra y vaya por su cuenta, con mas mis salarios y derechos. Vuestras Mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo, que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. Á lo que respondió Don Quixote, que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó Don Quixote, si Vuesa Merced no quiere ser oyente desta, que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y póngase en salvo. Oido lo qual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó

desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aqui no hay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella, que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió Don Quixote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate, Sancho, y déxame, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo mas. Á estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no habia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto Don Quixote, el qual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos

apartarse del carro lo mas que pudiesen, ántes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dexaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero, que ya los que iban huyendo, estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quixote lo que ya le habia requerido é intimado, el qual respondió que lo oia, y que no se curase de mas intimaciones y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si seria bien hacer la batalla ántes á pie que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza, y embrazó el escudo, y desenvaynando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su

señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice ¡o fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con que palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con que razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿que alabanzas habrá que no te convengan y quadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos mas fieros leones que jamas criáron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dexo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamacion del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo: que visto el leonero ya puesto en postura á Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, so pena de caer en

la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo, fué revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo: abrió lúego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo Don Quixote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las quales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura; pero el generoso leon, mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas, y enseñó sus traseras partes á Don Quixote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo qual Don Quixote mandó al leonero que le diese de

palos, y que le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa Merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazon de Vuesa Merced ya está bien declarada: ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á mas que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña: y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió Don Quixote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer: conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo mas, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon y á la verdad y á la verdadera caballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos

y ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el leonero, y Don Quixote poniendo en la punta de la lanza el lienzo, con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dexaban de huir, ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dixo: que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conociéron que el que hacia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se viniéron acercando hasta donde claramente oyéron las voces de Don Quixote, que los llamaba. Finalmente volviéron al carro, y en llegando, dixo Don Quixote al carretero: volved, hermano, á uncir vuestras mulas, y á proseguir vuestro viage, y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho, pero ¿que se han hecho los leones? ¿son muertos, ó vivos? Entónces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exàgerando como él mejor

pudo y supo el valor de Don Quixote, de cuya vista el leon acobardado no quiso, ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho á aquel caballero, que era tentar á Dios, irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Que te parece desto, Sancho, dixo Don Quixote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quixote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la corte se viese. Pues si acaso Su Magestad preguntare quien la hizo, diréisle, que el *CABALLERO DE LOS LEONES*: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*, y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres quando querian, ó quando les venia á cuento. Siguió su camino el

carro, y Don Quíxote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguiéron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quixote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No habia aun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido, cesara la admiracion en que lo ponian sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia, disparatado, temerario y tonto, y decia entre sí ¿que mas locura puede ser, que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y que mayor temeridad y disparate, que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó Don Quixote diciéndole: quien duda, señor Don Diego de Miranda, que Vuesa Merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco, y no seria mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa:

pues con todo esto quiero que Vuesa Merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su Rey en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas: y bien parecen todos aquellos caballeros que en exercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus Príncipes; pero sobre todos estos, parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares exercicios: sirva á las damas el cortesano, autorice la corte de su Rey con libreas: sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su

mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico y buen christiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intricados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endríagos: que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos exercicios. Yo pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dexar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debaxo de la juridicion de mis exercicios: y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exòrbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será, que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baxe y toque en el

punto de cobarde: que así como es mas fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es mal fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía: y en esto de acometer aventuras, créame Vuesa Merced, señor Don Diego, que ántes se ha de perder por carta de mas, que de ménos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no: el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que Vuesa Merced ha dicho y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo, que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de Vuesa Merced, como en su mismo depósito y archivo: y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará Vuesa Merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor Don Diego, respondió Don Quixote, y picando mas de lo que hasta entónces, serian como las dos de la tarde quando llegáron á la aldea y

á la casa de Don Diego, á quien Don Quixote llamaba, *el Caballero del Verde Gaban.*

CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á Don Quixote en el castillo, ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

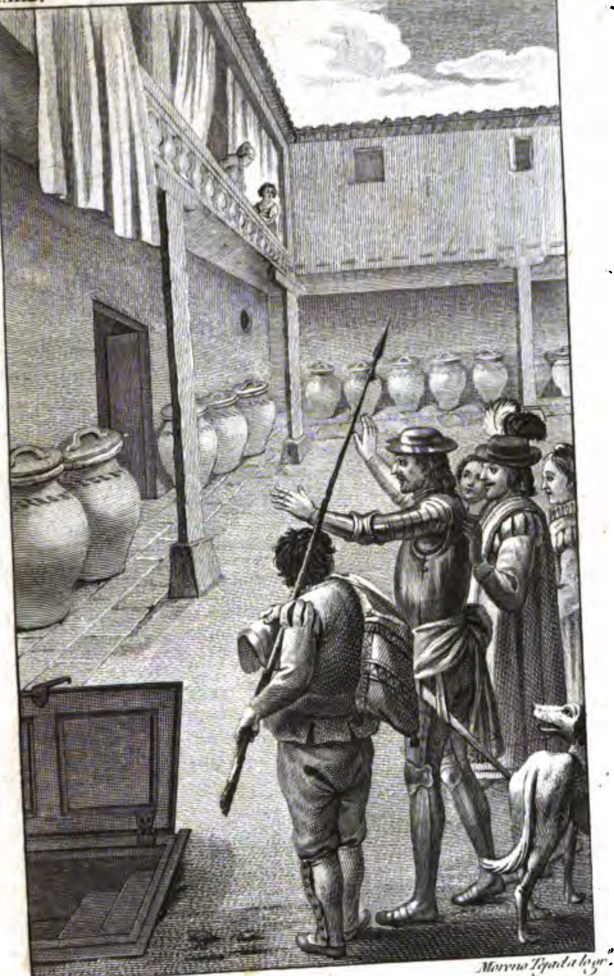
Halló Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renováron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea, y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dixo:

¡Ó dulces prendas por mi mal halladas!
Dulces y alegres quando Dios queria.

¡Ó tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de Don Diego, que con su madre habia salido á recebirle, y ma-

dre y hijo quedáron suspensos de ver la extraña figura de Don Quixote, el qual apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y Don Diego dixo: recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero y el màs valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Christina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la qual mas tiene su fuerza en la verdad, que en las frias digresiones. Entráron á Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones y en jubon de camuza, todo visunto con la mu-

T.IIII. L.IIII.



Isidro, y Antonio Carnicero. Moreno Tejada lo gr.

gre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion, que muchos años fué enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero ántes de todo, con cinco calderos, ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero: merced á la golosina de Sancho, y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusiéron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donayre y gallardía salió Don Quixote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian: que por la venida de tan noble huésped queria la señora Doña Christina mostrar, que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre ¿quien dirémos, señor, que es este caballero que Vuesa Merced nos ha traido á casa? que el nombre, la

figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego, solo te sabré decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, ántes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quixote, como queda dicho, y entre otras pláticas, que los dos pasáron, dixo Don Quixote á Don Lorenzo: el señor Don Diego de Miranda padre de Vuesa Merced me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que Vuesa Merced tiene, y sobre todo, que es Vuesa Merced un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía, y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió Don Quixote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y

piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote: pero dígame Vuesa Merced ¿que versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos, y si es que son de justa literaria, procure Vuesa Merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero al modo de las licencias que se dan en las Universidades; pero con todo esto, gran personage es el nombre de primero. Hasta ahora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díxole: paréceme que Vuesa Merced ha cursado las escuelas ¿que ciencias ha oido? La de la caballería andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llega-

do á mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la christiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas: que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas quantas horas son pasadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas, y dexando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el pexe Nicolas, ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, ha de guardar

la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea Vuesa Merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. Si esto es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Como si es así? respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes, y por parecerme á mí, que si el Cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como

muchas veces me lo ha mostrado la experiencia : no quiero detenerme agora en sacar á Vuesa Merced del error que con los muchos tiene ; lo que pienso hacer es [6] el rogar al Cielo le saque dél, y le dé á entender quan provechosos y quan necesarios fuéron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y quan útiles fueran en el presente, si se usaran ; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos ha nuestro huésped, dixo á esta sazon entre sí Don Lorenzo ; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato floxo, si así no lo creyese. Aquí diéron fin á su plática porque los llamáron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo, que habia sacado en limpio del ingenio del huésped. Á lo que él respondió : no le sacarán del borrador de su locura quantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo : él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como Don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa ; pero de lo que mas se contentó Don Quixote, fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba

un monasterio de Cartuxos. Levantados pues los manteles y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quixote pidió ahincadamente á Don Lorenzo dixese los versos de la justa literaria. Á lo que él respondió: por no parecer de aquellos poetas, que quando les ruegan digan sus versos, los niegan, y quando no se los piden, los vomitan, yo diré mi glosa, de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo y discreto, respondió Don Quixote, era de parecer, que no se habia de cansar nadie en glosar versos, y la razon, decia él, era, que jamas la glosa podia llegar al texto, y que muchas, ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni *dixo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como Vuesa Merced debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deseo coger á Vuesa Merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, res-

pondió Don Quixote, lo que Vuesa Merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme. Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté Vuesa Merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen desta manera:

Si mi fué tornase á es,
sin esperar mas será,
ó viniese el tiempo ya
de lo que será despues.

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
fortuna, puesto á tus pies,
vuélveme á ser venturoso,
que será mi ser dichoso,
si mi fué tornase á es.
No quiero otro gusto, ó gloria,
otra palma, ó vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
sino volver al contento,
que es pesar en mi memoria.

Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo á ser,
despues que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder,
que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraria el que pidiese,
ó que el tiempo ya se fuese,
ó viniese el tiempo ya.

Vivir en perplexa vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
Á mí me fuera interes
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será despues.

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie Don Quixote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Loren-

zo dixo: viven los Cielos, donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Aténas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al Cielo, que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetée y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen, que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco? ¡Ó fuerza de la adulacion, á quanto te extiendes y quan dilatados límites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quixote, diciéndole este soneto á la fábula, ó historia de Píramo y Tisbe:

SONETO.

El muro rompe la doncella hermosa,
Que de Píramo abrió el gallardo pecho,
Parte el amor de Chipre, y va derecho
Á ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.
Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solicita
Por su gusto su muerte: ved que historia,
Que á entrámbos en un punto ¡ó extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, habiendo oido el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es Vuesa Merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para irse, diciéndole, que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se dén muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de

las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero habia de entrar en la cueva de Montesínos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabáron su honrosa determinacion, y le dixéron, que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dixo Don Quixote á Don Lorenzo: no sé si he dicho á Vuesa Merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir, que quando Vuesa Merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inacesible cumbre del tem-

plo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dexar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quixote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo: sabe Dios, si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anexas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle á Vuesa Merced, que siendo poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el propio: porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiráron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia

de la señora del castillo Don Quixote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partiéron.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado Don Quixote del Lugar de Don Diego, quando encontró con dos como clérigos, ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre quatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate, el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayéron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quixote, y morian por saber, que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros

hombres. Saludóles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díxoles que se llamaba de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo, *el Caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego, ó en gerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendiéron la flaqueza del celebro de Don Quixote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dixo: si Vuesa Merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, Vuesa Merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quixote, si eran de algun Príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labra-

dor y una labradora : él el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer, es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ámbos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene así mesmo maheridas danzas, así de espadas, como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dexado de referir, ha de hacer

mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mesmo Lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia, y por quitarse de andar rezeloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin invidia, él es el mas ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la

hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dixo á esta sazon Don Quixote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma Reyna Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. Á mi muger con eso, dixo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando, la qual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al reves) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dixo Don Quixote, quitaríase la elecion y juridicion á los padres de casar sus hijos con quien y quando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos

del entendimiento tan necesarios para escoger estado : y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del Cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, ántes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por que no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, ó se trueca, ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida : es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio. Á lo que respondió el estudiante, Bachiller, ó Licenciado como le llamó Don Quixote, que de todo no le quedaba mas que decir, sino que des-

de el punto que Basilio supo, que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto: mira de quando en quando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos, que el dar el *sí* mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mesmo punto: tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la for-

tuna? No por cierto, y entre el sí y el no de la muger no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria: dénme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura, que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. ¿Adonde vas á parar, Sancho? que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mesmo Júdas que te lleve. Dime, animal ¿que sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? Ó, pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que Vuesa Merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen lenguage, que Dios te confunda. No se apunte Vuesa Merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni estudia-

do en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí que, válgame Dios, no hay para que obligar al sayagües á que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el ayre en esto del hablar polido. Así es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguage puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dixe discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguage, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Cánones en Salamanca, y pícome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades mas de saber mas menear las negras que llevais que la lengua, dixo el otro estudiante, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad, Bachiller, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana. Para

mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo, y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á medio dia con mi destreza moderna y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podria ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo. No ha de ser así, dixo á este instante Don Quixote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima y el juez desta muchas veces no averiguada qüestion: y apeándose de Rocinante, y

asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el Licenciado con gentil donayre de cuerpo y compas de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas, sirviéron de aspetatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibaxos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el ayre con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues

por testimonio, que la alongó de sí casi tres quartos de legua, el qual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dixo: mia fe, señor Bachiller, si Vuesa Merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar, ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan léjos estaba: y levantándose, abrazó al Licenciado y quedáron mas amigos que de ántes, y no quisiéron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determináron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedáron enterados de la bondad de la ciencia, y

Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero ántes que llegasen les pareció á todos, que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyéron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas, y quando llegáron cerca viéron que los árboles de una enramada, que á mano habian puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entónces no soplaba, sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos baylando y otros cantando y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas, que se habian de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho, y las exêquias de Basilio. No quiso entrar en

el Lugar Don Quixote, aunque se lo pidiéron, así el labrador, como el Bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debaxo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo, ó casa de Don Diego.

CAPÍTULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

Apénas la blanca Aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enxugase, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo qual visto por Don Quixote, ántes que le despertase le dixo: ó tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia, ni ser invidiado, duermes con sosegado es-

píritu: ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deséos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. Á todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertara tan presto, si Don Quixote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dixo: de la parte desta enramada, si

no me engaño, sale un tufo y olor harto mas de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote: ven irémos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho: no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no tener un quarto, y querer casarse por la nubes? Á la fe, señor, yo soy de parecer, que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo, que puede Camacho envolver en reales á Basilio: y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre [7] una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dírlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un

buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo á esta sazon Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí, que si te dexasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer, ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si Vuesa Merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa [8]: uno dellos fué, que me habia de dexar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el próximo, ni contra la autoridad de Vuesa Merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quixote, del tal capítulo, y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subiéron los dos, y paso ante paso se fuéron entrando por la

enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho, fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar, ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los páxaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el ayre los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos y enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceyte mayores que las de un tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel,

que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico; pero tan abundante, que podia sustentar á un exército. Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba y de todo se aficionaba. Primero le cautiváron y rindiéron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero: luego le aficionáron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas, y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dexase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. Á lo que el cocinero respondió: hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridicion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y

mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, ¡pecador de mí, y que melindroso y para poco debeis de ser! y diciendo esto, asió de un caldero, y encaxándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dixo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho, todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba Don Quixote mirando, como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiestas, los quales en concertado tropel corriéron, no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazára y grita, diciendo: vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece que estos no han vis-

to á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De allí á poco comenzáron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las quales venia una de espadas de hasta veinte y quatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda: y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas, si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora [9], bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos, y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con [10] tanta destreza, que aunque Don Quixote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jaz-

mines, rosas, amaranto y madre selva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacíales el son una gayta zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los pies á la ligereza, se mostraban las mejores bayladoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho Ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas, este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las Ninfas que al Amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera: el de la segunda *Discrecion*: el de la tercera *Buen linage*: el de la quarta *Valentía*. Del modo mesmo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera: *Dádiva* el de la segunda: *Tesoro* el de la tercera, y el de la quarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban quatro salvages, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde tan natural, que

por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas quatro partes de sus quadros traia escrito: *Castillo del buen recato.* Hacianles el son quatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella, que se ponia entre las almenas del castillo, á la qual desta suerte dixo:

Yo soy el dios poderoso
en el ayre y en la tierra,
y en el ancho mar undoso,
y en quanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.
Nunca conocí que es miedo,
todo quanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible,
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas: callároa los tamborinos, y él dixo:

Soy quien puede mas que Amor,
y es Amor el que me guia,
soy de la estirpe mejor,
que el Cielo en la tierra cria
mas conocida y mayor.

Soy el Interes, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro,
y qual soy te me consagro,
por siempre jamas amen.

Retiróse el Interes, y hízose adelante la Poesía, la qual despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo, dixo:

En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna
de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dixo:

Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad
y del contrario, que arguye
tibia y floxa voluntad.

Mas yo por te engrandecer,
de hoy mas pródiga he de ser,
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.

Deste modo saliéron y se retiráron todas las figuras de las dos esquadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dixo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezcláron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donayre y desenvoltura: y quando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente despues de haber baylado un buen espacio, el Interes sacó un bolson, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencaxáron las tablas y se cayéron, dexando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostráron prenderla, rendirla y cautivarla: lo qual visto por el Amor y sus valedores, hiciéron ademan

de quitársela, y todas las demostraciones que hacian, eran al son de los tamborinos, baylando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza volviéron á armar y á encaxar las tablas del castillo, y la doncélla se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó Don Quixote á una de las Ninfas, que quien la habia compuesto y ordenado. Respondióle, que un Beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dixo Don Quixote, que debe de ser mas amigo de Camacho, que de Basilio el tal Bachiller ó Beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas: bien ha encaxado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dixo: el Rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé, que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma, como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el

caldero lleno de gansos y de gallinas: y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donayre y gana, y dixo: á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenia: y el dia de hoy, mi señor Don Quixote, ántes se toma el pulso al haber, que al saber: un asno cubierto de oro, parece mejor, que un caballo enalbardado. Así que vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos, y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que Vuesa Merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quixote, que yo te vea mudo ántes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que Vuesa Merced se muera, estaré yo mascando barro, y entónces podrá ser, que esté tan

mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, ó Sancho, respondió Don Quixote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida: y mas que está muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya: y así jamas pienso verte mudo, ni aun quando estés bebiendo, ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. Á buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tan bien come cordero, como carnero, y á nuestro Cura he oido decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á

entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo á este punto Don Quixote: tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue Vuesa Merced, señor, de sus caballerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías agenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino: y déxeme Vuesa Merced despabilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que desper-

tó los de Don Quixote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Quando estaban Don Quixote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyéron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del Cura y de la parentela de entrámbos, y de toda la gente mus lucida de los Lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dixo: á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun diviso, que las patenas que habia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es tierciopelo de treinta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adorna-

das con sortijas de azabache, no medre yo, si no son anillos de oro y muy de oro y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Ó hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos [11], ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dixes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima, que ella es una chapada moza y que puede pasar por los bancos de Flándes. Rióse Don Quixote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Íbanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones: y á la sazon que llegaban al puesto, oyéron á sus espaldas

grandes voces y una que decia: esperaos un poco gente tan inconsiderada, como presurosa. Á cuyas voces y palabras todos volviéron la cabeza y viéron que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las maños traia un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuviéron suspensos, esperando en que habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dixo: bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo, y juntamente no ignoras, que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú echando á las espaldas todas las obliga-

ciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los Cielos) yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vayna á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudiéron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dexando Don Quixote á Rocinante, acudió á favorecer-

le y le tomó en sus brazos y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el Cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar, seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada, dixo: si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria desculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiese á la salud del alma, ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de véras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. Á lo qual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon y ademas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado, recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del

lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber que hacer, ni que decir; pero las voces de los amigos de Basilio fuéron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le moviéron y aun forzáron á decir, que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudiéron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas y otros con eficaces razones la persuadian, que diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura que un mármol y mas sesga que una estatua, mostraba, que ni sabia ni podia ni queria responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones. Entónces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó

donde Basilio estaba ; ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como christiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencaxó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dixo : ¡ó Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo; sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo, pues no es razon, que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban, que cada desmayo se habia de llevar el alma

consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad, y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el Cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se dexe de requiebros y que atienda á su alma, que á mi parecer, mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al Cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado, el qual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vayna su cuerpo. Que-

T.IIII. L.V.



Isidro y Antonio Carnicero lo dibuj.ⁿ Fernando Selma la grabó

dáron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzáron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado y atónito acudió con ámbas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el Cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuviéron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dixo, que ella le confirmaba de nuevo, de lo qual coligiéron todos, que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitiéron su venganza á las manos, y desenvaynando muchas espadas, arremetiéron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynáron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo Don

Quixote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguiéron ni solazáron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas, donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quixote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los Cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto, quando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la pun-

ta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuviéron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente [12] y bien intencionado, con las quales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo qual volviéron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al Cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegáron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisiéron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces, y así se fuéron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre

y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjée y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quixote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. Á solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duráron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la quadrilla de Basilio iba: y así se dexó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia: y así acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la Cueva de Montesínos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

Grandes fuéron y muchos los regalos que los desposados hiciéron á Don Quixote, obligados de las muestras que habia da-

do defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduáron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la eloqüencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los quales se supo, que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se habia visto: bien es verdad, que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas quando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza, y que todo esto decia con intencion de que se dexase el señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á grangear

hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La muger hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de quantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los páxaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quixote, opinion fué de no sé que sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola muger buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese, que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la muger con quien se quisie-

se casar. Lo primero le aconsejaria, que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible; pero téngolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho y dixo entre sí: este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir, que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas, y yo digo dél: que quando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo y andarse por esas plazas á que quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima, que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y dexe de meter su cucharada. Mur-

muraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor y preguntóle ¿que murmuras, Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí, que quisiera haber oido lo que Vuesa Merced aquí ha dicho, ántes que me casara, que quizá dixera yo agora: el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí quando se le antoja, especialmente quando está zelosa, que entónces súfrala el mesmo Satanas. Finalmente tres dias estuviéron con los novios, donde fuéron regalados y servidos como cuerpos de Rey. Pidió Don Quixote al diestro Licenciado le diese una guia, que le encaminase á la cueva de Montesínos, porque tenia gran deseo de entrar en ella y ver á ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daria á un primo suyo famoso estudiante y muy aficio-

nado á leer libros de caballerías, el qual con mucha voluntad le pondria á la boca de la mesma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díxole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á Príncipes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las quales acompañáron las del primo asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusiéron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesínos. En el camino preguntó Don Quixote al primo, de que género y calidad eran sus exercicios, su profesion y estudios. Á lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus exercicios y estudios, componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *El de las libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y

tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar: *Metamorfóseos*, ó *Ovidio Español*, de invencion nueva y rara, porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena, quien el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganítos y Lavapies en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora, y esto con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dexó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declarar-

nos quien fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea Vuesa Merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dixo: dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe ¿quien fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Sí seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora ¿quien fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie: yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que aho-

ra he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifer, quando le echáron, ó arrojáron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo: y dixo Don Quixote: esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho, á alguno las has oido decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe, que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que hay algunos, que se cansan en saber y averiguar cosas, que despues de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento, ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergáron en una pequeña aldea, adonde el primo dixo á Don Quixote, que desde allí á la cueva de Montesínos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así

compráron casi cien brazas de soga, y otro dia á las dos de la tarde llegáron á la cueva; cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apeáron el primo, Sancho y Don Quixote, al qual los dos le atáron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le faxaban y ceñian, le dixo Sancho: mire Vuesa Merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí, que á Vuesa Merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador desta, que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dixo la guia: suplico á Vuesa Merced, señor Don Quixote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas, que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar) dixo Don Qui-

xote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera, que todavía baxaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: ó señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo, que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto, se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse, ni hacer lugar á la entrada, sino era á fuerza de brazos, ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de

aquellas malezas, que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo saliéron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que diéron con Don Quixote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico christiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fuéron murciélagos, que asimismo entre los cuervos saliéron, dándole soga el primo y Sancho, le dexáron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dixo: Dios te guie y la Peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dexas, por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quixote dando voces, que le diesen soga y mas soga, y ellos se la daban poco á poco, y quando las voces, que acanaladas por la

cueva salian, dexáron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fuéron de parecer de volver á subir á Don Quixote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso se detuviéron como media hora, al cabo del qual espacio volviéron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quixote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando á su parecer, á poco mas de las ochenta brazas sintiéron peso, de que en extremo se alegráron. Finalmente á las diez viéron distintamente á Don Quixote, á quien dió voces Sancho, diciéndole: sea Vuesa Merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta, pero no respondia palabra Don Quixote, y sacándole del todo, viéron que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volviéron y revolviéron, sacudiéron y meneáron, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien, como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte,

como espantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista, qne ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer, que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Ó desdichado Montesínos! ¡Ó mal ferido Durandarte! ¡Ó sin ventura Belerma! ¡Ó lloroso Guadiana y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloráron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dixese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamais? dixo Don Quixote, pues no le llameis ansí, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendiéron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudiéron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendáron y cenáron todo junto. Levantada la arpillera, dixo Don Quixote de la Mancha: no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado Don Quixote contó, que habia visto en la profunda cueva de Montesínos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las quatro de la tarde serian, quando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á Don Quixote, para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesínos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

Á obra de doce, ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que léjos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo quando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura region abaxo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di vo-

ces; pidiéndoos que no descolgásedes mas soga, hasta que yo os lo dixese, pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimero, me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo; y quando ménos lo pensaba, sin saber como, ni como no, desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme, si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificáron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio, ó álcazar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados: del qual abriéndose dos grandes puertas, vi que por

ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendiéron y admiráron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo, fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: luengos tiempos ha, valeroso caballero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que dés noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy Alcayde y Guarda mayor perpetua, porque

soy el mismo Montesínos, de quien la cueva toma nombre. Apénas me dixo, que era Montesínos, quando le pregunté, si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido mas agudo que una lezna. Debia de ser, dixo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió Don Quixote; pero no seria dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles donde aconteció esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga Vuesa Merced, señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió Don Quixote, y así digo, que el venerable Montesínos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baxa, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba

un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el qual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesínos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo: tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como, ó para que nos encantó, nadie lo sabe y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto, como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras, porque se-

gun los naturales, el que tiene mayor corazon, es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero ¿como ahora se queja y suspira de quando en quando, como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dixo:

Ó mi primo Montesínos,
lo postrero que os rogaba,
que quando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo qual el venerable Montesínos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dixo: ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dexase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fuéron bas-

tantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian, de haberos andado en las entrañas, y por mas señas, primo de mi alma, en el primero Lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la qual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años, y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las quales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio, llamado de su mesmo nombre, el qual quando llegó á la superficie de la

tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dexaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir á su natural corriente, de quando en quando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito, ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las quales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores venta-

jas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y quando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baxa, quando así no sea, ó primo, digo, paciencia y barajar: y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como

unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díxome Montesínos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la qual con sus doncellas quatro dias en las semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza: y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque ha muchos meses y aun años, que no le tiene, ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fue-

ra, apénas la igualara en hermosura, donayre y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixe yo entónces, señor Don Montesínos: cuente Vuesa Merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para que comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí. Á lo que él me respondió: señor Don Quixote, perdóneme Vuesa Merced, que yo confieso que anduve mal y no dixe bien, en decir que apénas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé que barruntos, que Vuesa Merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesínos, se quietó mi corazon del sobresalto que recebí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixo Sancho, de como Vuesa Merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió Don Qui-

xote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien, que no nos quedámos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasámos. Á esta sazon dixo el primo: yo no sé, señor Don Quixote, como Vuesa Merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá baxo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Quanto ha que baxé? preguntó Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó Don Quixote, porque allá me anocheció y amaneció y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo, que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió Don Quixote. ¿Y ha comido Vuesa Merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió Don

Quixote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dixo el primo. No comen, respondió Don Quixote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote, á lo ménos en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaxa bien el refran, dixo Sancho, de, dime con quien andas, decirte he quien eres: ándase Vuesa Merced con encantados ayunos y vigilantes, mirad si es mucho, que ni coma, ni duerma miéntras con ellos anduviere; pero perdóneme Vuesa Merced, señor mio, si le digo, que de todo quanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo en cosa alguna. ¿Como no? dixo el primo ¿pues habia de mentir el señor Don Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, ¿que crees? le preguntó Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantáron á toda la chusma que Vuesa Mer-

ced dice que ha visto y comunicado allá baxo, le encaxáron en el magin, ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quixote; pero no es así, porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero que dirás, quando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesínos (las quales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras, que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apénas las hube visto, quando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablámos á la salida del Toboso. Pregunté á Montesínos, si las conocia: respondióme que no; pero que él imaginaba, que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras [13] de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas

figuras, entre las quales conocia él á la Reyna Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino á Lanzarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio, ó morirse de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador del tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente, que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dixo: en mala coyuntura y en peor sazon y en aciago dia baxó Vuesa Merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesínos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba Vuesa Merced acá arriba con su entero juicio, tal qual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de Vuesa Merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame Vuesa Merced aho-

ra que estamos en paz ¿como, ó en que conoció á la señora nuestra ama? y si la habló ¿que dixo y que le respondió? Conocíla, respondió Don Quixote, en que trae los mesmos vestidos que traia quando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una xara. Quise seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejara Montesínos, que no me cansase en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díxome asimesmo, que andando el tiempo se me daria aviso, como habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué, que estándome diciendo Montesínos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baxa voz me dixo: mi señora Dulcinea del Toboso besa á Vuesa Merced las manos, y suplica á Vuesa Merced se la haga de hacerla saber como está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á Vuesa Mer-

ced quan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aquí traygo de cotonía nuevo media docena de reales, ó los que Vuesa Merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesínos, le pregunté: ¿es posible, señor Montesínos, que los encantados principales padecen necesidad? Á lo que él me respondió: créame Vuesa Merced, señor Don Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa y por todo se extiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le di (que fuéron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dixe: decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y

que le hago saber, que yo no puedo, ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y díscreta conversacion, y que le suplico quan encarecidamente puedo, sea servida Su Merced de dexarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que quando ménos se lo piense oirá decir, como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua de vengar á su sobrino Baldovínos, quando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle: y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe Vuesa Merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el ayre. ¡Ó Santo Dios! dixo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¿es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan dis-

paratada locura! Ó señor, señor, por quien Dios es, que Vuesa Merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dixo Don Quixote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica, ni disputa.

VARIANTES

DE ESTE TOMO QUARTO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

1 Pág. 15. ¿Quien... mas cortes que Rugero, *de quien decienden hoy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía*? Así dice la primera edicion hecha en Madrid año de 1615, á la que se ha arreglado el texto. En la de Valencia de 1616 faltan las palabras: *de quien decienden hoy los Duques de Ferrara, segun Turpin en su Cosmografía.*

2 Pág. 104. Piden nueva atencion y *nuevo* crédito. *La de Valencia*: piden nueva atencion y crédito.

3 Pág. 196. Llegó en esto el carro de las banderas, *en* el qual no venia otra gente que el carretero. *La de Valencia*: llegó en esto el carro de las banderas, *con* el qual no venia otra gente que el carretero.

4 Pág. 198. Si no abris luego *luego* las jaulas. *La de Valencia:* si no abris luego las jaulas.

5 Pág. 199. Pudieras ahorrar *desta* diligencia. *La de Valencia*: pudieras ahorrar esta diligencia.

6 Pág. 218. Lo que pienso hacer, es *el* rogar al Cielo, &c. *La de Valencia*: lo que

pienso hacer, es rogar al Cielo, &c.

7 Pág. 241. Sobre un buen tiro de barra, ó *sobre* una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taberna. *La de Valencia:* sobre un buen tiro de barra, ó una gentil treta, &c.

8 Pág. 242. Debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que .... saliésemos de casa: uno dellos fué que me habia de dexar hablar. *La de Valencia:* debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que ... saliésemos de casa, *que* uno dellos fué, &c.

9 Pág. 246. Por ahora, *bendito sea Dios*, no se ha herido nadie. *La de Valencia:* por ahora, *respondióle*, no se ha herido nadie.

10 Pág. 246. Con tantas vueltas y *con tanta* destreza. *La de Valencia:* con tantas vueltas y destreza.

11 Pág. 256. No los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. *La de Valencia:* no los he visto mas luengos, *ni mas hermosos*, ni mas rubios en toda mi vida.

12 Pág. 265. Era varon prudente *y bien intencionado. En la de Valencia* faltan las palabras: *y bien intencionado.*

13 Pág. 293. Otras señoras de los pasados y presentes siglos. *La de Valencia:* Otras señoras *principalísimas* de los pasados y presentes siglos.

6 vols.
J. Thornton
6.6.79
£60.00







